

Por Pedro ROJAS RODRIGUEZ

DAR alguna idea acerca de otra persona señalando los rasgos más característicos, es tarea fácil y cotidiana. El renombre también permite conceder aprecio, aunque las razones provengan de segunda mano. Pero el conocimiento a que llevan fama y obras o bien, cadenas de simpatías y las obras mismas, es el que más se aproxima a las nociones positivamente justas, siendo estas últimas las que definen a quienes son objeto de nuestro interés, mediante coincidencias en la forma de ver la vida, de quererla hacer y de saber aquilatar las intenciones ya realizadas.

Una personalidad tiene generalmente muchos ángulos desde los cuales puede juzgarse. Sucede así con el maestro Manuel Toussaint. Sin embargo, la parte de su individualidad que se ha traducido en obras, es la que mejor lo define. El ser amante de las artes le ha llevado a ir donde estén, a verlas de cuerpo presente, procurando paralelamente investigar antecedentes y exponer los resultados de sus estudios acerca de ellas. Se puede decir que sus consignas han sido: saber gustar, dar cuenta y propalar firmezas sobre las obras de arte. Empero, al señalarse de este modo, no se ha hecho más que pasar a un segundo plano desde un primero en que se ha mostrado viajero por ámbitos del presente y del pasado, resucitando el espíritu de humanidad bajo las verdades de las cosas y de las reflexiones objetivas. Este plano de los propósitos, de acuerdo con los cuales se conduce la vida, con todo y ser de la mayor importancia, en este caso está dominado por otro más profundo. En efecto, un tercer modo de ser aliena bajo los otros, en forma de sensibilidad hacia las formas y sus cualidades, de intuición para sus contenidos, de flúida extraversión sentimental de la belleza.

Los homenajes tienen por destino enaltecer a los hombres aunque sus figuras se resientan a causa de las circunstancias en que se otorgan. De aquí, el que un esbozo de retrato pueda ser más justo y con mayor razón si se apega a dichos y hechos del sujeto. Se escapan cualidades quizá valiosas como las que más, pero que al fin tendrían que acabar en la disipación, en cambio, permanecerán reiteradas las que hacen honor a la real voluntad de ser, las que llevan a producirse, a exponerse. Don Manuel Toussaint merece ambas posibilidades de exaltación y se le han cumplido. Sólo que ahora nuevas personas vienen ocupándose en las tareas a relevo de la cultura, y tienen algo que hacer presente, pues reciben frutos del esfuerzo que se ha hecho y aún se viene realizando por los mayores. Don Manuel nos ha entregado muchos libros y nos ha dado muchas conferencias sobre el arte colonial en México y Latinoamérica, por lo que le debemos unas palabras. Sobre todo, nos ha ayudado a conocer y gustar de las cosas, para restaurar abiertamente nuestras conexiones con un pasado que ha condicionado el subconsciente colectivo que manejamos cotidianamente y al cual, por proselitismo hacía modas importadas, frecuentemente se ha ignorado.

Un retrato de Toussaint se puede intentar en estos trazos: joven ávido de saber, estudia hasta los primeros años de Leyes y corta su carrera porque comprende que nada tiene que hacer con una profesión que no hace juego con su temperamento e inquietudes. Amigo dilecto de la literatura, se cultiva por ella abriéndose ventanas al



SEMBLANZA de DON MANUEL TOUSSAINT

mundo. Por simpatía, viene a tener relaciones de emprendedora amistad con Saturnino Herrán, Alberto Garduño, los Loera y Chávez, Castro Leal... Y tras de fijar gusto y razón en las muestras del arte colonial que en el México de hace apenas tres décadas y pico, le servían de escenario a las juveniles inquietudes, se lanza a España y deambula Europa. Como en México, por allá va a los grandes y a los pequeños motivos de interés, los escudriña, ata cabos, inicia críticas y, sobre todo, los goza intensamente. Toussaint aplica entonces sus aptitudes literarias formando estampas de España que entrega al público como "viajes alucinados". Sin exaltaciones ni desproporciones hace resaltar tan presto lo más impresionante de un golpe de vista, como las fisonomías distintivas de pueblos y gente. El afán de ver, enlazado al de juzgar, le movía por los caminos y le metía en ciudades y recintos, disfrutando de las reliquias artísticas tras las cuales percibía prestigios mortecinos. Y sobreponiéndose a las emociones evocativas ensayaba descripciones, apuntaba plantas, relacionaba diseños. Ya había dado a luz su primer trabajo sobre la catedral de México. Ahora se preparaba para escribir la historia del arte que se produjo en América para la diáspora española. Su experiencia en España tenía que servirle para manejar los problemas de la plástica novohispana.

Durante las tres últimas décadas, por su propio impulso, a título de sí mismo, mediante inteligencia y trabajo, ha llegado a ser para México no sólo Doctor de la Universidad Nacional en reconocimiento

de lo que ha dado, sino autor de obras maestras en la historia de las artes espaciales, buenas por la honradez con que está realizado el trabajo, por la puntualización de sus temas y el apoyo que se ha dado a lo histórico con datos de primera mano. Superando de este modo a las muy usuales formas de hacer las cosas —simulando investigaciones o sabiduría, plagiando autores olvidados, tomando a la ligera conocimientos que al rascárseles descubren ser prejuicios—, don Manuel ha hecho honor a la belleza de las obras de arte y al respeto que merecen los artistas. Y lo que es más, frente a los saqueadores y destructores del legado artístico de México, ha luchado por la preservación, siguiendo los dos caminos posibles: empleando la minúscula autoridad del gobierno para tratar de impedir las depredaciones de la vulgaridad, la desidia o el mercantilismo; educando a compatriotas para que sepan lo que tienen y vale.

En lo que va de su vida de autor, él se ha encargado de pintar su propia persona. Se puede conseguir dar idea de la pintura, resumiendo frases características. En sus *Viajes alucinados. Rincones de España*, se encuentra dando un rodeo a los exteriores de la Catedral de Santiago y de pronto exclama: "—Puerta Santa de la catedral en la plaza de los Literarios, (¡mi plaza!)..." En efecto, en los años tempranos aún presentes, había hilado poesías y ensayado la crítica literaria. Con la vocación hacia las letras desde siempre, ha soltado imágenes poéticas tan presto como gustado del rigor del lenguaje. Sus piernas, forasteras como él, "torres invertidas de otra catedral!" le conducían de una ciudad ya ex-

plorada a otra desconocida "cuyos monumentos agujijoneaban mi curiosidad". Viajando, en la vista de ojos, comprobaba datos, indagaba sobre tesoros artísticos que no había oído mencionar, daba con los famosos. En Oropeza, yendo hacia Guadalupe, halló un castillo y pronto "hice un croquis de la planta, reconstruyéndolo como me imaginaba que debía haber sido y torné al hotel por el camino más largo..." En Talavera visita fábricas de cerámica y luego contempla los azulejos desplegados sobre los muros de la ermita de la Señora del Prado, pero recuerda que no es ahí, sino en Sevilla, donde los esmaltes todo lo invaden, donde la fuente: "única por su joyosa alegría, debe su ser al azulejo".

Trashumante en México, antes y después de su viaje a Europa, va y viene por las huellas de los siglos coloniales, se sumerge en el ambiente a que aún se aferran los monumentos, provocando en el contemplador sensitivo la evocación de las épocas de esplendor. Al publicar *Paseos coloniales*, don Manuel ofrece a la imaginación divagadora, tanto como al exigente interés historiográfico, una serie de visitas a creaturas que considera hay que ver y explicar. Trasiega lo que encuentra mudo: "descubrir las pinturas tras el enjarrado, las firmas bajo los cuadros, las avaras inscripciones que ocultan significado". Estudia el conjunto, aprecia el estilo, hace la síntesis: "deliciosamente fatigoso trabajo". Sólo que no para en esto, pues acopia datos, hurga archivos, confronta noticias, razona sobre posibilidades. A veces, "el secreto resiste a entregársenos".

Toussaint no se desenvuelve por la vía de sus gustos literarios a pesar de poderlo hacer. Una razón inobjetable ha debido tener para dedicar su gran esfuerzo a presentar las cosas atendiendo de preferencia los aspectos positivos y restauradores de los hechos que estudia. Nuestro país también necesita seriedad y consistencia, que no sólo talento gastado en improvisaciones y lirismos. Demuestra que ha comprendido la importancia de acercarse a los hechos y examinarlos cuidadosamente, y que no los toma tampoco como pretexto para urdir teorías estéticas inconsistentes, ni aventurar bonitas afirmaciones superficiales. Crítica acerbamente, todavía más, caústicamente, a historiadores y críticos de arte que resplandecen en errores y sinsentidos. Pueden encontrarse numerosos ejemplos en sus pláticas, artículos y ensayos, sobre su interés en fustigar con la ironía adecuada, a desaprensivos o ignorantes.

En el lugar de investigador que él se ha formado, alguna vez, con motivo de formular un recuerdo de Salvador Toscano, se define en las páginas de los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. Dice que ser investigador consiste en realizar esta tarea: "¿Simplemente reunir datos, nombres, fechas, lugares, como las piecitas de un rompecabezas que pueden acomodarse y dar eso como solución del problema? ¡No! La investigación es un rompealmas, porque tenemos que poner todo nuestro yo, todo nuestro espíritu, en lo que estamos estudiando. El historiador tiene que reconstruir la parte de la existencia que está estudiando; si no reconstruye esa parte de existencia su obra no es válida".

Esa forma de desenvolverse la acusa en su trabajo sobre la catedral de México, muy especialmente. En 1917 se presenta con una monografía sobre el monumento,

(Pasa a la pág. 28)

(Viene de la pág. 8)

SEMBLANZA DE DON MANUEL TOUSSAINT

ofreciendo al público el acopio de los primeros materiales. En 1924 aparece su definitivo segundo libro sobre el tema y en 1948 sale de prensas su tercer trabajo, ahora tan monumental como el monumento. Para realizar esta obra ha recorrido detenidamente el edificio, visitado bodegas, desempolvado archivos. Ha tenido facilidades para "bajar cuadros, para quitar los cristales a otros, para escudriñar las capillas hasta el último rincón, para descender a las criptas, para inspeccionar el tesoro con sus joyas". Esto no lo había logrado hacer ningún escritor laico de la historia mexicana. También se ha leído las publicaciones de otros autores sobre la materia. Ha rastreado el tema por cronistas, códices, testimonios, instrumentos legales, en fin, toda fuente posible. El resultado consiste en una serie de pasos mediante los cuales va presentando los acontecimientos y personalidades que intervinieron en la prolongadísima edificación del recinto. Coloca primero los antecedentes de la erección del obispado y de su templo-sede. Habla de la historia relativa a los establecimientos religiosos novohispanicos en el siglo de planteamiento. Menciona frailes y prelados que tuvieron conexión con el magno edificio en sus dos épocas: la provisional y la definitiva.

Un edificio que se planea a mediados del siglo XVI y se concluye dos y medio después, resulta una verdadera composición hecha con los estilos decorativos que se van gustando y "demodando" en un mundo cada vez más exigente de cambios. Presenta huellas del gótico emparejado con el neo-romano; recibe impacto de un barroco atem-

perado; no puede pasarse sin el prestigioso churrigueresco y se termina bajo los influjos del Luis XVI y el neoclásico.

El historiador de la catedral se detiene con gusto en relatar la vida de la primera fábrica, del templo sin ventura, arreglado para un por mientras y el cual, en el más hermoso siglo colonial, se enriquece de arte para albergar los tres primeros Concilios mexicanos.

Luego se ocupa del edificio final, ambiciosamente concebido. Nunca las dificultades fueron tan equilibradas con las ambiciones. Temblores, lodo, penurias, dudas sobre lo hecho y sobre lo por hacer, otras dificultades más... Sin embargo, se concluyó y a pesar de las desquebrajaduras físicas y morales, sigue ostentando la quintaesencia de su vanidad y belleza. El historiógrafo describe el recinto, fija en palabras y esquemas los progresos que se van alcanzando, destaca lo que se hace conforme al severo proyecto de 1616 y lo que se va alterando. Pasa de la gran sala a las capillas laterales, de ahí a las portadas con detalles y figuras; a las torres, sus campanas y esculturas cimerales; a la primera cúpula y luego a la que Tolsá diseñó para sustituirla. Nada ha de quedar ni queda sin ponerle sus datos. Hasta la gran cruz de Mañozca, también infortunada, tiene su capítulo.

El exterior es más fácil de ver, pues se resuelve en obra de alarifes, canteros, escultores y plateros. El interior en cambio, abruma. Es trabajo de infinidad de maestros que sobre preparar el edificio tienen que decorarlo. Parte

por parte la va anotando, deteniéndose especialmente en objetos significativos: tales serían, pongamos por caso, ciertas pinturas con historia, como la dedicada a la Señora de la Merced pintada por Pereyans para la catedral vieja y luego colocada en el retablo del altar del Perdón, o aquella a que se llama del Santo Niño Cautivo. Otras serían la reja de tumbaga perteneciente al Coro, diseñada en México y hecha por manos chinas en Macao, de donde se trajo embarcándola por Filipinas; el fascistol regalado por el arzobispo de Manila; el órgano ornamentado bajo la influencia de la Rocaille. En realidad es imposible seguir los pasos del investigador y encerrar en unas líneas, el trabajo de muchos años y conciencia.

1948 es el año de publicación de otra estupenda obra: *El Arte Colonial en México*. Es una de las tres grandes partes en que se pensó podía dividirse la historia del arte mexicano y que serían justificación más que suficiente para fundar un Laboratorio de Arte dentro de la Universidad. La tarea de encarar científicamente los problemas de ese gran conjunto artístico que sólo había sido materia de ensayos, se inició decididamente con dicha fundación en 1935 y dió su primer fruto con la obra de Toscano sobre el arte precolombino. El segundo fruto vino a ser este libro de Toussaint. "Representa —dice en el prólogo— el esfuerzo realizado durante toda una vida. Lo que antes era ensayo, paseo, artículo o conferencia, se ofrece ahora como síntesis y en forma

metódica". En nuestros días ya ha salido el tercero de los previstos: la *Historia del Arte Moderno y la Historia del Arte Moderno y Contemporáneo de México*, prepa-

Hasta este punto, se ha reseñado muy apretada, concretamente, una vida de aplicación, un juego y una conjugación de las inclinaciones vocacionales con necesidades de conocimiento y educación entre los mexicanos. Las obras que apenas hemos tocado aquí, son hermanas de otras muchas que abordan cuestiones de análogo interés. *El Arte Mudéjar en América* rebasa nuestras fronteras con mérito reconocido por los colegas historiadores de estos temas en el extranjero. Podrían hacerse otras indicaciones para las restantes. Pero la obra capital, que supera la monumental sobre la catedral metropolitana, es el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional, primeramente llamado Laboratorio de Arte. Lo ha integrado y cuidado con lo mejor de su criterio sostenido a diario hasta nuestros días. De esta institución los intelectuales argentinos, aventajados en muchas cosas, tomaron modelo para crear la similar que les ha llevado al conocimiento del legado artístico colonial sudamericano.

El último gesto que tiene que subrayarse, es la defensa que ha hecho, clamando en el desierto a pesar de levantar la voz más justa y humanística, de monumentos respetabilísimos amenazados por algo peor que los años corroyentes: la destrucción en aras de los negocios privados. Es el caso de la demolición de la casa del Deán Plaza, fechada en 1885, enclavada en la ciudad de Puebla.

Este es el maestro Manuel Toussaint.

EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS

El Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad tiene como antecedente inmediato el "Laboratorio de Arte", que empezó a trabajar asociado al Instituto de Historia el 19 de febrero de 1935, en el edificio de la Escuela Nacional Preparatoria. Su personal quedó constituido por Manuel Toussaint como director y como investigadores Rafael García Granados, Federico Gómez de Orozco y Luis Mac Grégor.

El presupuesto mensual no podía ser más modesto: \$662.00. Cada investigador percibía \$132.00 de sueldo. Pese a su notoria pobreza el recién fundado "Laboratorio de Arte" empezó a cumplir, dentro de sus limitaciones económicas, los propósitos claramente definidos que se había trazado:

"En primer término acopiar todos los materiales necesarios para conocer un conjunto de informes sobre el actual movimiento artístico del país, a fin de que los historiadores puedan más tarde encontrar reunidos los elementos necesarios para formular la historia de este desarrollo plástico. Persigue también la unificación de los diversos puntos aun dudosos de la historia del arte mexicano. Otro de sus fines es la divulgación de esa historia por medio de cursos, conferencias y excursiones. Finalmente se propone publicar, en la medida de sus posibilidades, trabajos de índole histórico-artística para dar a conocer monumentos de importancia".

Y a partir de su fundación el "Laboratorio de Arte" tuvo como meta la investigación del arte de

México, sin olvidar sus relaciones con las manifestaciones artísticas europeas y americanas pues —afirmaba Toussaint— "no existe hasta la fecha ninguna obra seria que abarque en su conjunto la historia de las artes plásticas de México".

Muy pronto el "Laboratorio de Arte" tuvo listas tres monografías: *Arquitectura civil de México*, por Manuel Toussaint; *El escultor Gabriel Guerra y El Convento de Capuchinas de la Villa*, por Luis Mac Grégor, que no pudieron publicarse porque la Universidad carecía de fondos.

En enero de 1936 el arquitecto Luis Mac Grégor solicitó permiso por tiempo indefinido; se le nombró Investigador Honorario y su puesto fué ocupado por Justino Fernández.

Fueron iniciadas por esa época, entre otras, las siguientes obras: *Sillería del Coro de San Agustín* y los *Planos de la ciudad de México*.

En 1936 la Universidad fué reorganizada por el rector Luis Chico Goerne. El 3 de agosto el "Laboratorio de Arte" pasó a ser el *Instituto de Investigaciones Estéticas*, bajo la dirección de Rafael López, e inició la publicación del órgano oficial del Instituto: los *Anales*, cuyo primer número apareció a principios de 1937.

En 1938 la Universidad fué nuevamente reorganizada. Por razones

de economía, el rector Gustavo Baz se vió precisado a suprimir el Instituto de Investigaciones Estéticas. Los investigadores Toussaint, García Granados, Gómez de Orozco y Justino Fernández ofrecieron continuar sus trabajos sin remuneración alguna, con el objeto de conservar para el Instituto la biblioteca que había empezado a formarse y terminar el libro *Los planos de la ciudad de México* por Toussaint, Fernández y Gómez de Orozco, que destinaron como colaboración al XVI Congreso Internacional de Planificación y de la Habitación. Este libro es un antecedente para el estudio histórico y urbanístico de la ciudad de México.

A principios del año siguiente (1939) el Instituto figuró nuevamente en el presupuesto. Mercedemente se nombró a Toussaint director.

En ese mismo año se nombraron dos investigadores más: para arte prehispánico a Salvador Toscano y para Folklore a Vicente T. Mendoza. Posteriormente ingresan José Rojas Garcidueñas, especialista en la historia y en la crítica del teatro Colonial; Manuel Romero de Terreros y Francisco de la Maza, dedicados a la investigación del arte colonial, y Clementina Díaz y de Ovando a la historia de las literaturas española y mexicana, con lo

que el Instituto completa sus secciones.

Como Investigador Honorario se nombró a Edmundo O'Gorman y también a Rafael García Granados, cuando se separó para encargarse de la dirección del Instituto de Historia, y a Federico Gómez de Orozco, miembro fundador del Instituto. En 1953 han ingresado Elisa Vargas Lugo, dedicada al arte colonial, y Raúl Flores Guerrero, a la arquitectura, ambos discípulos de los investigadores del Instituto. Oscar Frías desempeña el puesto de dibujante.

El Instituto cuenta desde sus inicios con los eficaces servicios de la secretaria Luz Gorráez Arcaute y con la cumplida labor de Josefina Sánchez Trigueros.

Desde 1938 a la fecha el Instituto ha dividido sus trabajos en la investigación directa de la obra de arte y de su historia, y en la formación de archivos de documentos, planos y fotografías.

Entre la copiosa obra de investigación realizada por el Instituto destacan las obras de Toussaint que se caracterizan por la precisión del aspecto documental y su ponderada interpretación para llegar a una justa crítica que ha servido de orientación a sus discípulos. Por ejemplo, *Arte Mudéjar en América, Pátzcuaro, Paseos Coloniales*.

Los libros de Justino Fernández: *José Clemente Orozco, forma e idea, Prometeo, ensayo de pintura contemporánea* y sus muchos artículos sobre el arte moderno lo acreditan por su crítica, sus profundos análisis y sus novedosas y extraordinarias interpretaciones.

Manuel Romero de Terreros ha publicado interesantes monografías: *La Plaza Mayor de México en el*